

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Elías el profeta» del autor Dr. Samuel Pagán.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/elias-el-profeta>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



DR. SAMUEL PAGÁN

ELÍAS, EL PROFETA

Vida, milagros y enseñanzas





CONTENIDO

Prefacio	1
○ Un nuevo libro sobre el profeta Elías	1
○ Metodología y prioridades	3
○ Poesía: Elías en el monte Horeb	4
Introducción	7
○ El mundo de Elías	7
○ Las tierras de Canaán y sus habitantes	8
○ Religión	9
○ Política	10
○ Modelos políticos alternativos en Transjordania	11
○ La monarquía	12
○ La división del reino de David y Salomón	15
○ Israel, el reino del norte	17
○ La dinastía de Omrí	19
○ El profeta Elías	21
○ Baal y el baalismo en Canaán	22
○ Baal y Elías	25

Capítulo 1: Elías en el reino de Acab 27

- Acab y Jezabel 27
- La sequía 29
- Elías y la viuda de Sarepta 31
- La resucitación del hijo de la viuda 36

Capítulo 2: Un profeta fiel y un rey obstinado . . 41

- El profeta Elías regresa a Israel 42
- El profeta y el mayordomo 45
- Elías y Acab 48

Capítulo 3: La batalla en el monte Carmelo 51

- El monte Carmelo 51
- El desafío de Elías 54
- Argumentos teológicos de Elías 56
- La confrontación en el monte Carmelo 59
- Elías ante el silencio de Baal 62
- La intervención y oración de Elías 65
- Elías ora para que finalice la sequía 67

Capítulo 4: Huida a Horeb 71

- La reina Jezabel amenaza al profeta Elías 72
- Elías huye al monte Horeb 73
- El profeta Elías en el desierto 75
- Diálogos teológicos en la cueva 78
- Revelaciones divinas en el monte Horeb 81

- Instrucciones finales de Dios al profeta 82
- Llamamiento de Eliseo 84

Capítulo 5: El cumplimiento de las profecías de Elías. 87

- Un Dios que cumple sus profecías 88
- La intervención de un profeta de Dios 92
- Segundo encuentro del profeta con el rey Acab 93
- Tercer encuentro del profeta con el rey Acab 94
- Las consecuencias de las desobediencias 96

Capítulo 6: Acab y la viña de Nabot 101

- El rey y el viñedo. 102
- Las intervenciones de Jezabel 104
- El profeta Elías rechaza la injusticia 108
- El rey Acab se humilla 111

Capítulo 7: La muerte del rey Acab. 113

- La batalla final de Acab 114
- Consulta a los profetas del reino de Acab 115
- La profecía de Micaías ben Imlá 117
- Reinado de Josafat 123
- Reinado de Ocozías en Israel 124

Capítulo 8: Elías y Eliseo. 125

- La muerte del rey Ocozías 126
- La separación de Elías y Eliseo 131

- Elías sube al cielo en un torbellino 134
- El ministerio profético de Eliseo 136

Capítulo 9: Elías en la Biblia hebrea, el Nuevo Testamento y la historia. 139

- El profeta Elías después de su ascensión 140
- El profeta Malaquías 141
- Juan el Bautista 145
- Elías en la montaña de la transfiguración 147
- Elías como modelo, con virtudes y defectos 149
- Elías en el judaísmo, el islamismo y los libros apócrifos 150

Capítulo 10: Enseñanzas y desafíos 153

- Enseñanzas transformadoras 153
- El pasado no determina el futuro 154
- Los profetas son fieles a Dios 156
- La integridad en la vida no es un valor negociable . . 157
- Las dificultades hay que enfrentarlas con valor y autoridad 159
- Es necesario reconocer dónde se manifiesta la presencia de Dios 160
- El pasado y el futuro de un profeta 162
- Importancia de preparar a las nuevas generaciones . 163
- Justicia y paz 165

Epílogo	167
Bibliografía	169
Agradecimientos	173
Acerca del Autor	175



CAPÍTULO 1

ELÍAS EN EL REINO DE ACAB

En el año treinta y ocho de Asá, rey de Judá, Acab, hijo de Omrí, comenzó a reinar y reinó sobre Israel en Samaria veintidós años. Acab, hijo de Omrí, hizo lo malo ante los ojos del SEÑOR, más que todos los reyes que lo precedieron. Como si hubiera sido poco el cometer los mismos pecados de Jeroboán, hijo de Nabat, también se casó con Jezabel hija de Et Baal, rey de los sidonios, y se dedicó a servir a Baal y a adorarlo. Le erigió un altar en el templo que le había construido en Samaria, y también fabricó una imagen de la diosa Aserá. En fin, hizo más para provocar la ira del SEÑOR, Dios de Israel, que todos los reyes de Israel que lo precedieron. (1 Reyes 16:29-33)

Acab y Jezabel

El ministerio profético de Elías se pone por obra durante la monarquía de Acab. Las narraciones referentes al contexto bíblico general de ese período se encuentran justo antes de los relatos en torno al famoso profeta de Tisbé (1 Reyes 16:29—22:40), cuya influencia no solo se manifiesta en el Antiguo Testamento (Malaquías 3:23-24), sino que tiene repercusiones importantes en el Nuevo Testamento (Marcos 9:4-5, 11-13; 15:35) y la historia.

Las enseñanzas que se encuentran en la Torá o el Pentateuco se convirtieron en el fundamento teológico básico del pueblo de Israel y se incorporaron con fuerza, más tarde, en los mensajes y las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Identificar esos valores teológicos y prácticos es indispensable para comprender y presentar la revelación divina, y también para desarrollarse como una persona con liderazgo sabio, saludable, eficiente y ejemplar.

En la misma Biblia aparecen algunas expresiones hebreas compuestas que usan el término *torá* para afirmar algún concepto o destacar varias ideas: Por ejemplo, *sefer ha-torah*, que es el «libro de la ley» (Nehemías 8:3); *torah Moshe*, o la Ley de Moisés (2 Crónicas 23:18; 30:16); o *sefer torah Moshe*, el libro de la ley de Moisés (2 Reyes 14:6; Nehemías 8:1). Posteriormente en la historia, tanto los judíos de la diáspora en sus sinagogas como los cristianos en las iglesias comenzaron a identificar los libros de la Torá con su nombre griego, Pentateuco. Este nuevo término se refiere a los «rollos contenidos en cinco estuches», pues cada libro en la antigüedad se disponía en rollos, que se guardaban en jarras o estuches.

En su uso corriente, Torá puede designar tanto a los primeros libros bíblicos (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio), la Biblia en general, el conjunto de mandamientos divinos revelados en la Ley (por ejemplo, Levítico 17—24), o incluso la revelación específica dada por Dios a Moisés en el Sinaí (Éxodo 20). Es decir, que la comprensión adecuada del término lo refiere directamente a la figura venerada de Moisés, o a algún nivel general o particular de la revelación divina en el desierto del Sinaí.

Los nombres de los libros de la Torá o Pentateuco varían de acuerdo a la tradición canónica que se utilice. En la Biblia hebrea se identifican con la primera palabra que aparece en el libro; mientras que en las versiones griegas (por ejemplo, LXX o la Septuaginta) y latinas (Vulgata) se alude al contenido general de la obra.

La sequía

La predicción de la sequía que Elías le hace al rey Acab es parte de la confrontación religiosa, política y social entre Yahvé y Baal ante el pueblo. Baal, que según la tradición se reconocía en Canaán como señor de los truenos, las lluvias y los relámpagos, también se veía como responsable de la fertilidad de las tierras, que era un elemento vital para la subsistencia del pueblo y el progreso de la sociedad.

El acto profético de predecir la sequía hería mortalmente la autoridad y el prestigio de Baal, además de desafiar en público su poder sobre la naturaleza. Y de esa forma, Elías se presentaba como representante de Yahvé que retaba ante el pueblo la capacidad de intervención en la naturaleza que supuestamente poseía Baal.

Ahora bien, Elías, el de Tisbé de Galaad, fue a decirle a Acab: «Tan cierto como que vive el SEÑOR, Dios de Israel, a quien yo sirvo, te aseguro que no habrá rocío ni lluvia en los próximos años, hasta que yo lo ordene». (1 Reyes 17:1)

La palabra del profeta al rey de Israel era aguerrida y atrevida. Elías se presentó de manera explícita ante el monarca israelita como representante de Yahvé, que era una manera de retar públicamente su autoridad real. Esa actitud profética, además, afirmaba que Acab no representaba la voluntad divina ante Israel, ni seguía el pacto de Dios con su pueblo en el Sinaí.

La advertencia profética culmina con una declaración de seguridad y autoridad: Elías afirmó que no llovería hasta que él lo ordenara (1 Reyes 17:1). Tal vez esta profecía de desgracia y de juicio divino, que se fundamentaban en la Ley de Moisés (Deuteronomio 11:16-17; 28:23), fuera el resultado de confrontaciones previas entre el profeta y el rey. La sequía anunciada por Elías fue producto de las respuestas negativas del monarca ante las advertencias del profeta.

Una vez que Elías presentó su mensaje al rey, recibió otro mandato divino para salir de esas tierras israelitas y llegar a una cueva

en los alrededores del arroyo de Querit (1 Reyes 17:2-3), ubicado al este del río Jordán. Es posible que ese arroyo sirviera de escondite, lugar de retiro y protección para el profeta. Luego de una confrontación con el monarca, Elías necesitaba un lugar seguro y tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido, y las posibles repercusiones de las decisiones y respuestas de Acab y Jezabel.

Al comienzo mismo de las narraciones en torno a Elías se incluye la primera referencia a un milagro asociado al profeta. Este relato ubica las actividades, los mensajes y las decisiones del profeta unidos a una serie de prodigios, que de seguro van a caracterizar su ministerio. El milagro es importante de manera física y teológica, pues se trata de la alimentación y la supervivencia del profeta en medio de una muy seria crisis de sequía. Aunque Elías podía saciar su sed en el arroyo de Querit, que no estaba muy lejos, Dios proveería su alimentación a través de los cuervos. El texto bíblico indica:

Entonces la palabra del SEÑOR vino a Elías y le dio este mensaje: «Sal de aquí hacia el oriente y escóndete en el arroyo de Querit, al este del Jordán. Beberás agua del arroyo y yo ordenaré a los cuervos que te den de comer allí».

Así que Elías se fue al arroyo de Querit, al este del Jordán, y allí permaneció, conforme a la palabra del SEÑOR. Por la mañana y por la tarde los cuervos le llevaban pan y carne, y bebía agua del arroyo. (1 Reyes 17:2-6)

Es costumbre de los cuervos pasar la noche en zonas rocosas y desiertas, y en esos lugares almacenan comida. Parte de la subsistencia de estas aves proviene de carroña, aunque también comen frutas, en especial dátiles que abundan en las regiones en las cercanías del río Jordán. La finalidad teológica de la narración es destacar la providencia divina en medio de la crisis. Y con ese propósito, el relato indica que Dios es capaz de utilizar aves impuras para preservar la vida de su siervo.

Para comprender este relato, que es racionalmente complejo, algunos estudiosos han explorado la posibilidad de que la palabra

hebrea, *orebim*, no sea una referencia directa a las aves de rapiña. La expresión, que se traduce como «cuervos» en el relato de Elías, se presenta de diversas formas en otros pasajes de la Biblia hebrea. La misma palabra también puede traducirse como «comerciantes» (Ezequiel 27:27), «árabes» (2 Crónicas 21:16; Nehemías 4:7) o incluso como ciudadanos del «Arabá» (Josué 15:6; 18:18).

Esta explicación lingüística, sin embargo, no toma en consideración que la finalidad teológica de la narración es introducir de forma amplia el ministerio de milagros del profeta Elías. Desde los comienzos mismos de los relatos asociados a las actividades del profeta de Tisbé se presentan actividades prodigiosas, que son el marco de referencia ideal para destacar la naturaleza singular del ministerio profético de Elías. Referente al profeta Elías, los milagros no son una excepción esporádica de sus actividades, sino el importante marco de referencia teológico para destacar la protección divina.

Elías y la viuda de Sarepta

Las narraciones milagrosas asociadas a Elías continúan luego que el arroyo de Querit se secó por causa de la sequía. Una vez más, la palabra del Señor llegó al profeta para orientarlo y dirigirlo en medio de la crisis.

Algún tiempo después, se secó el arroyo porque no había llovido en el país. Entonces la palabra del Señor vino a él con este mensaje: «Ve ahora a Sarepta en Sidón y permanece allí. A una viuda de ese lugar le he ordenado darte de comer». Así que Elías se fue a Sarepta. Al llegar a la puerta de la ciudad, encontró a una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo:

—Por favor, tráeme una vasija con un poco de agua para beber.

Mientras ella iba por el agua, él volvió a llamarla y le pidió:

—Tráeme también, por favor, un pedazo de pan.

—Tan cierto como el Señor tu Dios vive —respondió ella—, no me queda ni un pedazo de pan; solo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en el jarro. Precisamente estaba recogiendo unos leños para llevármelos a casa y hacer una comida para mi hijo y para mí. ¡Será nuestra última comida antes de morirnos de hambre!

—No temas —le dijo Elías—. Vuelve a casa y haz lo que pensabas hacer. Pero antes prepárame un panecillo con lo que tienes y tráemelo; luego haz algo para ti y para tu hijo. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: “No se agotará la harina de la tinaja ni se acabará el aceite del jarro, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra”. (1 Reyes 17:7-14)

Como la fuente de vida para Elías no estaba disponible, la nueva encomienda divina era moverse y vivir en la ciudad de Sarepta, donde la provisión divina se haría realidad una vez más. Y esa manifestación de misericordia y gracia vendría a través de una viuda (1 Reyes 17:8-24).

Dios envió al profeta a vivir un tiempo a la ciudad conocida en la actualidad como Surafend, en la costa del mar Mediterráneo, en la región occidental de la antigua Palestina, a unos catorce kilómetros al sur de Sidón y al norte de Tiro. Sarepta era una ciudad fenicia ubicada fuera de los límites de autoridad política del rey Acab y de las influencias politeístas de Jezabel. Esa región estaba bajo la autoridad del rey Et Baal, padre de Jezabel, donde imperaban las crisis, el hambre y las necesidades. En medio de un ambiente religioso hostil, unas dinámicas políticas complejas y una realidad social inhóspita, Elías se convirtió en símbolo de vida y esperanza. Y el agente divino para la manutención y el bienestar del profeta era una persona símbolo de la precariedad, el dolor, la inseguridad y el politeísmo: ¡una viuda y devota de Baal!

La escasez de grano y aceite, de acuerdo con el relato bíblico, destaca la naturaleza y extensión de la crisis. Por tradición, a Sarepta se le conocía como ciudad exportadora de esos productos. La falta de esos bienes revela las críticas condiciones sociales y las

consecuencias nefastas de la sequía anunciada por el profeta Elías. La ciudad vivía una crisis mayor como producto de la falta de agua. Y en medio de esas realidades adversas, ¡la viuda representaba uno de los sectores sociales posiblemente más heridos por la sequía!

Este relato contrasta de manera implícita con las vidas y los actos de Jezabel y Elías: la esposa del rey representaba la muerte y la abominación religiosa en Israel; y el profeta simbolizaba la vida y la esperanza, aun en medio de las tierras fenicias, de las cuales provenía la esposa del rey de Israel. Y de esa manera se contraponen las actitudes de los personajes de la narración, y también se ponen de manifiesto las implicaciones de las decisiones y las fidelidades de los dos protagonistas de esos eventos. Por un lado, una reina infiel y politeísta; y por el otro, un profeta leal decidido a serle fiel a la Ley de Moisés y sus tradiciones.

Desde el comienzo mismo del nuevo relato, se destaca un entorno milagroso alrededor del profeta y un marco de referencia especial para las intervenciones divinas. La persona que serviría de apoyo al profeta en una ciudad fenicia politeísta era una mujer sin muchos recursos económicos que representaba una comunidad en precariedad y necesidad económica, y que también formaba parte de un sector social segregado, subestimado y discriminado en la cultura. ¡Era una mujer! Y, además, ¡era viuda!

Una vez más, las Sagradas Escrituras destacan el poder divino en momentos de adversidad y crisis en la vida. Dios ubica al profeta en una ciudad en crisis para depender de una mujer gentil, pobre y en necesidad. La referencia a la viudez es una manera de destacar la precariedad humana; además, es una forma adicional de afirmar y destacar en el relato, el poder y la misericordia de Dios.

Por esas realidades históricas y culturales, las viudas constituían una clase social humilde y discriminada de las comunidades, de acuerdo con el testimonio bíblico. ¡No tenían derecho siquiera a las herencias! Sin embargo, por esas razones existenciales y sociales, Dios siempre las tenía en especial consideración (Éxodo 22:22; Isaías 1:17). El Señor de la Biblia atiende con prioridad a los sectores más necesitados de la sociedad. Incluso, en esa

tradición de misericordia y solidaridad, en el ministerio de Jesús de Nazaret las viudas fueron objeto especial de la gracia y del amor de Dios (Lucas 7:11-17).

La nueva realidad de Elías en la ciudad de Sarepta, al depender de una viuda y gentil para su sustento, se contrapone a las expectativas de la sociedad hebrea. El profeta estaba a merced de una mujer extranjera y politeísta, que era parte de un sector social débil que carecía de prestigio y con muy pocos recursos económicos. Elías estaba en medio de una experiencia de vida que destacaba su vulnerabilidad. Aun así, esa precariedad del profeta prepara el camino para la manifestación extraordinaria de la misericordia y del poder de Dios. El contexto de crisis existencial del profeta Elías, por supuesto, prepara el ambiente para las intervenciones milagrosas del Señor.

El relato de Elías y la viuda de Sarepta presentan un diálogo íntimo y respetuoso entre estos dos personajes bíblicos. En obediencia a la palabra de Dios, el profeta llega a la ciudad fenicia para establecerse de manera temporal en medio de la crisis de la sequía en la región. No obstante, de acuerdo con el relato, al llegar a la puerta de la ciudad se encontró con una viuda que recogía leña, a fin de preparar comida para su familia.

La descripción inicial de la mujer y sus acciones pueden brindar una idea de la naturaleza de la condición social y económica de la viuda. Recogía leña en la puerta de la ciudad, que puede ser una referencia a su desesperanza, pues el verbo hebreo que describe la acción de la mujer sugiere la idea de que removía la basura de la ciudad o buscaba entre los desperdicios del pueblo. La imagen es de desesperanza. Deseaba preparar su final para su familia, para luego morir.

Esa presentación, que puede compararse con la experiencia y el diálogo de Jesús y la samaritana (Juan 4:1-42), presenta dos peticiones básicas del profeta: en primer lugar, Elías necesita agua (Juan 4:1-42), que es signo de vida; y después pide comida (Juan 4:11-16). La narración bíblica también incluye las respuestas y reacciones de la mujer ante los reclamos directos de un varón, extranjero y desconocido.

El diálogo entre el profeta y la viuda se produce en el contexto general de la crisis producida por la sequía. La falta de agua afecta

adversamente las cosechas y produce escasez de alimentos. En medio de ese ambiente de desafíos existenciales es que se produce el diálogo entre Elías y la mujer de Sarepta. Y ese contexto es el que prepara de forma adecuada el ambiente para el milagro que se destaca en el relato bíblico.

La viuda respondió positivamente a la petición de agua del profeta. Sin embargo, cuando la mujer se proponía a servir al profeta, Elías hace un nuevo reclamo: solicitó comida. En ese momento el ambiente de generosidad y servicio de la mujer se transformó en uno de crisis y precariedad. La viuda afirma que no tiene mucha comida. Y añade que los alimentos que posee son la última ración disponible para el sustento familiar, antes de darse por vencida para morir al final (1 Reyes 17:12). En efecto, el ambiente era de dolor, desesperanza y muerte.

La respuesta del profeta Elías a la actitud triste y dolorosa de la viuda sigue el formato profético de autoridad, seguridad y esperanza: «No temas» o no tengas temor (1 Reyes 17:13), que es una manera en la literatura profética de transmitir paz, confianza y seguridad (Isaías 43:1-2). Esa palabra firme y decidida a la mujer prepara el camino para el mensaje profético: no escasearán la harina ni el aceite, que era una forma de afirmar y destacar el sustento divino, y un signo del milagro de la multiplicación de los recursos alimenticios en momentos de escasez y crisis nacional. Solo Dios es capaz de hacer una declaración de esa naturaleza y magnitud en medio de una desgracia y adversidad que se origina en la sequía.

La narración bíblica, que está muy bien redactada, afirma que la viuda superó su preocupación personal y familiar, y obedeció al profeta. Esa actitud de seguridad, humildad y generosidad de la mujer pone en evidencia clara que, a pesar de que estaba en las tierras de Baal, tenía la capacidad y el deseo de obedecer al Dios del profeta Elías, Yahvé. Ese gesto de amor y misericordia de la viuda gentil fue recompensado en gran medida por Dios. Y junto a su familia, pudieron comer «por muchos días», sin dificultad ni escasez, pues se cumplió el mensaje profético de Elías (1 Reyes 17:15-16, LBLA).

Este relato, en efecto, destaca el tema del amor divino que supera fronteras y culturas. El gesto de obediencia, responsabilidad y misericordia de una mujer humilde, en medio de una crisis mayor, puede desencadenar manifestaciones extraordinarias del amor y poder divino que no distingue nacionalidades ni creencias. La viuda de Sarepta es un buen ejemplo de la capacidad que tienen las personas que manifiestan piedad y compasión en momentos de adversidad y crisis, pues esos gestos de solidaridad y respeto a la dignidad humana mueven la mano divina para bendición. La respuesta sobria, sabia, prudente y piadosa de la mujer movió la mano de Dios hacia la justicia, el perdón, la paz, el amor, la seguridad y el gozo, que se fundamentan en el Señor que llamó a Elías a enfrentar las desobediencias y las aberraciones del reino de Acab en Samaria.

La resucitación del hijo de la viuda

El relato en referencia a la viuda de Sarepta continúa y manifiesta nuevos desafíos.

Poco después se enfermó el hijo de aquella viuda y tan grave se puso que finalmente expiró. Entonces ella le reclamó a Elías:

—¿Por qué te entrometes, hombre de Dios? ¡Viniste a recordarme mi pecado y a matar a mi hijo!

—Dame a tu hijo —contestó Elías.

Y quitándoselo del regazo, Elías lo llevó al cuarto de arriba, donde estaba alojado, y lo acostó en su propia cama. Entonces clamó al SEÑOR: «SEÑOR mi Dios, ¿también a esta viuda, que me ha dado alojamiento, la haces sufrir matándole a su hijo?». Luego se tendió tres veces sobre el muchacho y clamó: «¿SEÑOR mi Dios, devuélvele la vida a este muchacho!».

El SEÑOR oyó el clamor de Elías y el muchacho volvió a la vida. Elías tomó al muchacho y lo llevó de su cuarto a la planta baja. Se lo entregó a su madre y le dijo:

—¡Tu hijo vive! ¡Aquí lo tienes!

Entonces la mujer dijo a Elías:

—*Ahora sé que eres un hombre de Dios y que lo que sale de tu boca es realmente la palabra del SEÑOR.* (1 Reyes 17:17-24)

Luego de superar la crisis alimentaria, el hijo de la viuda enferma de gravedad y muere, incorporando una nueva adversidad en la narración bíblica. En esta ocasión, el problema no era la sequía ni las consecuencias naturales de esa singular calamidad meteorológica, sino directamente la muerte en un familiar cercano y querido.

La reacción inicial de la mujer fue de claro reproche al profeta. ¡Culpó a Elías de la muerte de su hijo! Pensaba que la unión de sus pecados con la presencia del hombre de Dios en su hogar propició esa muerte a destiempo. Y en esa misma actitud de frustración y reproche, Elías culpa a Dios por la nueva crisis que enfrenta. El profeta entendía que, si el futuro de la viuda era incierto y complicado, esa era la realidad que le esperaba, pues Elías vivía en ese hogar de dolor y en ese ambiente ingrato de muerte.

En el marco de referencia básico del relato de la crisis con el hijo de la viuda, lo que impera es un profundo sentido de pérdida, reproche, desgracia y desorientación. La muerte de un ser querido siempre es una situación seria y preocupante, pero si la persona que muere es el futuro sustento de una madre, como era el caso de esta viuda de Sarepta, el dolor básico se convierte en un problema crítico de repercusiones mayores. La muerte de su hijo le representaba a la mujer un futuro incierto, un porvenir difícil, y un mañana plagado de dificultades y dolores.

Elías responde a la muerte del hijo de la viuda desde una doble perspectiva: teológica y cultural. Las palabras dirigidas a la mujer siguen la misma estructura literaria y teológica de las que Elías había recibido de parte del Señor. La afirmación de no temer es una manera de afirmar el tema de la esperanza, pues la crisis no constituía la última palabra de Dios ante la adversidad. Esa expresión de seguridad, «no temas», que también utilizan los profetas, es una manera de introducir y destacar el tema de la esperanza de un futuro mejor (por ejemplo, Josué 1:8-9; Isaías 43:1). Y esa importante declaración profética para superar el temor se fundamenta

en la palabra divina (1 Reyes 17:13), en el poder de Dios y en la capacidad que tiene el Señor de responder con autoridad ante los grandes desafíos de la vida.

La forma en que Elías procedió para resucitar al hijo de la viuda se ha visto, por algunos comentaristas de las Escrituras, como un ejemplo de resucitación boca a boca. En la antigüedad se pensaba que la muerte llegaba al dejar de respirar, pero que si se mantenía a la persona respirando, la vida no se iba. En el relato bíblico, sin embargo, se describe al profeta sobre el niño, y el peso de Elías sobre el cadáver no es congruente con ese tipo de esfuerzo de resucitación.

Otra manera de entender las acciones de Elías se desprende de la cultura y se asocia al procedimiento que utilizó el profeta Eliseo en otro caso de muerte y resucitación (2 Reyes 4:34-35). En las culturas del Oriente Medio antiguo, sobre todo en la ciudad de Ugarit, se pensaba que la vitalidad y la vida se podían transferir de un cuerpo a otro por el contacto físico. Quizá Elías siguiera esa tradición y llevara a efecto ese tipo de ceremonia. La narración bíblica destaca, sin embargo, que el poder de la resurrección se fundamenta en la voluntad y misericordia del Señor, no en los protocolos de atención física a las personas fallecidas.

Detrás de la narración bíblica quizá se esconda una antigua tradición cananea. Como parte de las creencias en los dioses de la fertilidad, se pensaba que esas divinidades participaban de ciclos anuales de vida, muerte y resurrección. Esa dinámica de morir y resucitar se relacionaba al tema de la fertilidad en general, y en particular a la vegetación y las estaciones del año. Estas creencias antiguas afirmaban que los dioses morían en los meses de invierno, para después resucitar en la primavera cuando comenzaba a manifestarse el tiempo de las cosechas.

Fundamentados en esas percepciones míticas, los creyentes en Baal pensaban que esas deidades podían resucitar personas en momentos de necesidad. En el relato bíblico, en cambio, la fuerza de la resurrección es la del Dios de Israel, cuyo profeta verdadero es Elías. Quien tiene la capacidad y el deseo de resucitar al hijo de la

viuda no es Baal, sino Yahvé, el Dios de Israel, que representaba el profeta Elías.

Hay otra posibilidad asociada al proceso de resucitación que usó Elías con el hijo de la viuda. En esas culturas orientales se pensaba que el contacto de una persona saludable, fuerte y vigorosa con otra enferma o débil podría contribuir a su renovación, restauración y sanidad. El singular caso del anciano David con la joven sunamita, Abisag (1 Reyes 1:1-4), es un buen ejemplo de esta creencia. Quizá, fundamentado en esas percepciones culturales de la salud, Elías procedió a acercar su cuerpo y cubrir al niño muerto, a fin de propiciar su resucitación y salud. En cualquier caso, o interpretación exegética, teológica o cultural, la fuente real de la vida, de acuerdo con la narración bíblica, es el Dios de Elías, Yahvé, no el proceso físico. El factor indispensable que mueve al hijo de la viuda de la muerte a la vida es la misericordia divina.

El proceso que siguió Elías para resucitar al niño incluyó el cubrirlo con su cuerpo en tres ocasiones e implorar con firmeza al Señor. La referencia al número tres alude a que el proceso es completo y perfecto, y la invocación a Dios pone de relieve que el milagro se fundamenta en la acción y misericordia divinas, no en los protocolos físicos que siguió el profeta. El poder, de acuerdo con la narración bíblica, no está en el profeta ni en las técnicas físicas utilizadas, sino en la voluntad divina hacia el niño y la misericordia del Señor hacia la viuda.

En su oración, Elías le pide al Dios de Israel que le devuelva la vida al niño. En el idioma hebreo, *nefes* (o alma) alude a la vitalidad o vida del cuerpo, al principio fundamental e indispensable de la vida que, unido al *ruah* (o espíritu), solo provienen de Dios. La oración del profeta es para que el *ruach* y el *nefes* regresen al cuerpo, que en hebreo es *basar* (o carne).

La sección final de la estancia de Elías en la ciudad de Sarepta destaca que la viuda reconoce que el profeta es un hombre de Dios y que su mensaje es verdad. Ese reconocimiento de la autoridad y de la veracidad de las palabras y acciones del profeta Elías, en boca de una mujer gentil y politeísta, pone en justa perspectiva

el propósito del relato, que es parte de la crisis asociada a las decisiones políticas del rey Acab y a las actividades proselitistas de la reina Jezabel. La declaración de la viuda de Sarepta es un reconocimiento del triunfo de Yahvé contra Baal. Se trata de una afirmación pública de la victoria del Dios de Israel contra las divinidades cananeas.

La referencia al milagro profético de devolverle la vida al hijo de la viuda se describe en este estudio como resucitación. En esos procesos se presupone que la persona que vuelve a vivir prosigue su existencia hasta que posteriormente muere de forma definitiva. El caso de Jesús, en los relatos neotestamentarios, es diferente, pues la resurrección de Cristo es un milagro especial, pues no vio muerte jamás.